

# LA CASA SAQUEADA

**L**a casa se levanta sobre la ladera de la colina de San Cristóbal, que domina Santiago. Se sube hasta ella por una calle empinada, al final de la cual aparece un fresco, pintado sobre un muro, que proclama con grandes y coloreados trazos: «Neruda, la juventud te saluda».

Allí se vela el cuerpo del poeta. Nada más entrar, le saltan a uno las lágrimas. De esta maravillosa casa azul, dispuesta en varios niveles en medio de la más silvestre vegetación, no quedan más que ruinas. La semana pasada pasaron por aquí los «visitantes».

## Auto de fe

Todo ha sido destruido. No queda un solo cristal en las ventanas. El teléfono ha sido arrancado. En las devastadas habitaciones, unos pocos muebles en total desorden. En un rincón del jardín, un libro de poemas españoles medio calcinado entre las cenizas de este auto de fe. Ni un solo rastro de la biblioteca, de la colección de cerámica o de los numerosos cuadros

«naifs» que eran la admiración de los pocos privilegiados a quienes el maestro recibía en su casa. Para subir de una habitación a otra hay que abrirse paso entre los escombros. Pisar el fango, porque la casa ha quedado medio inundada.

Sólo Dios sabe por qué y cómo. Del despacho no quedan más que la mesa de trabajo, toda arañada, y un viejo reloj de pared, con la esfera de porcelana totalmente abollada. En un rincón aparece un viejo número de «Lettres Françaises».

El ataúd está expuesto en una pequeña habitación, triste y abierta a todos los vientos. Hay que pisar trozos de cristal para acercarse a mirar por última vez ese rostro cerroso, cuya austera indianidad parece haber acentuado la muerte. Lle-

gan manojos de flores. Dos claves blancas sobre el ataúd y unos pocos y humildes ramos que han traído manos anónimas.

La viuda, Matilde Urrutia, insistió en que se velase a Pablo en su propia casa, aunque hubiese sido saqueada.

Esta muerte hubiera merecido un funeral nacional. En noviembre pasado, mientras Salvador Allende hablaba en las Naciones Unidas como abogado del Tercer Mundo, el general Prats, en calidad de vicepresidente de la República, rindió homenaje públicamente al Nobel chileno, «cuya gloria recala sobre todos y cada uno de los ciudadanos». El general Prats habló en el Estadio Nacional. Hoy, ese mismo estadio sirve de campo de concen-

tración para aquellos amigos del poeta que no han muerto o pasado a la clandestinidad. Los militares patrullan por los alrededores. Sólo han podido acudir unos pocos diplomáticos, algunos deudos no demasiado «señalados», unos pocos demócratas cristianos liberales, como Radomiro Tomic. El embajador de Suecia ha encontrado las palabras justas para saludar al autor del «Canto general» ante las cámaras de la televisión. También ha hecho acto de presencia el embajador francés. La tarjeta dejada por un extraño no hubiera podido ser más elocuente: «Nos duele Chile».

Este martes, Neruda tendrá derecho a un entierro de pobres. Sus restos mortales serán depositados provisionalmente en el cementerio de Santiago, en el panteón de una familia amiga. Después serán transportados a Isla Negra, cerca de su casa museo, otra exquisita maravilla construida con amor junto al Pacífico, pero que, según las últimas noticias, acaba de ser objeto también de una «visita» similar. ■ «LE MONDE»-PUBLICACIONES CONTROLADAS.

Entierro de Pablo Neruda.

